

## EL SECUESTRO DE JUAN JOSE MILESSI

3 c

Quien haya vivido en un barrio de Buenos Aires sabe lo que significó, y para algunos aún significa, el bar de la cuadra.

En Caballito, mi barrio, ese boliche se llama *El viejo buzón*. Está ubicado justo en una esquina, tiene su frente pintado de verde, en directa alusión a los colores del club de la zona Ferro Carril Oeste. En la puerta, destacándose por su clásico color rojo y dándole nombre al lugar, se muestra orgulloso un viejo buzón, uno de esos que hace tiempo nos permitía despachar nuestra correspondencia.

Uno de los habitués del lugar era Julián Almada, un hombre de unos 50 años, que nació y vivió siempre en el barrio, *El viejo buzón* fue para Julián su segundo hogar. Además, sentía la necesidad de compartir momentos con los otros parroquianos, especialmente con los más cercanos a sus afectos.

En ese grupo estaba Abraham, extrovertido en sus manifestaciones, siempre nervioso, pesimista, nunca estaba conforme con nada. Otro integrante del círculo íntimo de Julián era Rafael Ernesto, un abogado cuarentón, de hablar muy pausado y monótono. Siempre parecía que estaba dando clase. Era obsesivo con la aplicación estricta de la ley y todos sus códigos procesales. Para él el mundo había que vivirlo con un código en la mano, era una de esas personas que siempre tenía tiempo para dedicarse a complicar a los demás, la mayoría de las veces, sin fundamento. El cuarto integrante de la mesa de Julián se llamaba Hamilton, que era el encargado del edificio que se encuentra justo frente al boliche.

De vez en cuando también se unía al grupo Alberto, alias Tablón, célebre joven barrabrava del club del barrio,

Sucedió que de un día para el otro, sin previo aviso, *El viejo buzón* cerró sus puertas. ¡El boliche había sido alquilado para utilizarlo como set de filmación de una película! Por lo tanto, por dos meses Julián no podría entrar. ¡Era para morirse!

Hacía tiempo que a Julián no lo golpeaba tanto un acontecimiento. Creyó perder parte de su vida. Esa noche no durmió.

Al amanecer, pensó que no podía quedarse así, lamentándose por el incierto destino del boliche y decidido a actuar convocó a sus amigos a una reunión urgente.

La misma se realizó en el buffet del club del barrio. Tablón, que se había incorporado circunstancialmente a la reunión dijo, exacerbado, que debían ocupar el boliche por asalto, tomar como rehén al director de la película que estaban rodando y exigir que se suspendiera la filmación de inmediato reintegrándole el boliche a sus genuinos usuarios.

Hamilton se enganchó de la idea de Tablón y dijo que si hacía falta él podía conseguir una topadora, para tirar abajo las cortinas del boliche y poder ocuparlo.

De allí en más, la mesa se convirtió en un torbellino de ideas y de propuestas, Julián no hablaba, ni siquiera escuchaba lo que decían sus compañeros, el sí que tenía un plan, no tardo en convencer a los demás para llevarlo a cabo e inmediatamente lo pusieron en marcha.

A las dos y cuarenta y cinco de la madrugada, el reloj despertador rompió el silencio de la noche. Julián se arrojó de la cama y se vistió íntegramente con ropa de color negro, tomó una bolsa cuyo contenido parecía ser bastante pesado y salió de su casa no sin antes completar su atuendo con una gorra de lana, también negra.

Exactamente a las tres, según lo planeado, Julián llegó a la esquina convenida, a una cuadra de *El viejo buzón* y apenas dos minutos después apareció Abraham con una de esas carretas de hierro que usan los repartidores para acarrear bultos pesados.

La vestimenta de Abraham respetaba el plan acordado. Borceguíes negros, ropa oscura, gorra de visera azul oscuro y lentes de sol. Incluso, cumpliendo las directivas de Julián, les había pegado paño a las ruedas de la carreta para que no hicieran ruido.

Los dos se dirigieron hacia *El viejo buzón*. Al llegar, Julián vio con satisfacción que ya estaban allí Hamilton y Rafael Ernesto, de acuerdo a lo pactado y ya habían ejecutado las tareas previas establecidas.

Hamilton había conseguido un uniforme igual al que usan las cuadrillas de reparaciones y juntos colocaron un pequeño cartel tipo sándwich en la vereda, con la inscripción "Zona en reparación". La escena era la de una operación normal y corriente, aunque urgente por la hora..

Rafael Ernesto, por su parte, había aceptado al fin participar del operativo pero, debido a sus principios fuertemente apegados a la ley, había impuesto sus propias condiciones.

Se ubicó en la vereda de enfrente del boliche, vestido muy humildemente, con la barba sin afeitar, sentado en el suelo junto a un changuito de supermercado cargado de cartoneros, maderas, botellas vacías, entre otras cosas. Simulaba ser un cartonero descansando de una larga caminata.

De esa forma, cumplía los dos objetivos que se había fijado. En primer lugar, si el plan fracasaba, tomaba su changuito y desaparecía quedando al margen de la fechoría y dejando a salvo su currículum y segundo, podía asesorar al grupo a distancia para que las eventuales consecuencias jurídicas del operativo fuesen más leves.

Así fue como, desde su lugar, le indicó a Hamilton quitarle todas las identificaciones que tenía su uniforme y, además, no utilizar un rollo de papel con la inscripción de la Municipalidad.

Julián extrajo un pico de la bolsa que traía, se acercó al viejo buzón rojo, lo acarició y comenzó a golpear la vereda a su alrededor. Las baldosas ofrecieron poca resistencia, a ellos no les preocupaba el ruido que producía el pico al golpear contra el suelo ya que la escenografía montada por Hamilton lo justificaba.

Una vez roto el contra piso alrededor del buzón, Hamilton tomó el pico y comenzó a golpear los cimientos que lo sostenían, al rato éste quedó prácticamente en el aire.

En ese momento, mientras Abraham acercaba la carreta, Hamilton sacó una cuerda de sus herramientas, rodeó con ella el buzón y lo inclinó hasta apoyarlo suavemente sobre la carreta.

Luego, a medida que Hamilton comenzaba a desmontar el supuesto obrador, Rafael Ernesto, desde enfrente, le señaló el peligro que significaba para los transeúntes el pozo que había quedado en el lugar que antes ocupaba el buzón. En caso de algún accidente, bien podrían ser imputados judicialmente.

Previendo eso, Rafael Ernesto sacó de su changuito de cartonero un círculo de madera cuyo diámetro curiosamente coincidía con el agujero y se lo alcanzó a Hamilton quien, luego de acomodar los escombros dentro del pozo, la colocó arriba a modo de tapa, quedando la vereda nivelada.

Hamilton juntó sus cosas y se marchó. Rafael Ernesto se fue arrastrando pausadamente su changuito. Julián y Abraham se fueron en otra dirección con la carreta y su preciosa carga roja. Eran las tres y cuarenta de la madrugada.

Durante tres días no hubo actividad en el boliche, al día siguiente los vecinos del barrio se enteraron que la filmación había sido trasladada a otro lugar, seguramente el motivo por el cual habían elegido el boliche, fue la presencia de un viejo buzón en su puerta. Locales de este tipo no era muy difícil encontrar, pero uno que estuviera en una esquina y con un buzón en la puerta, no había muchos, ahora que éste había desaparecido, el lugar había perdido su atractivo fílmico.

No fueron muchos los que advirtieron la existencia de un pequeño papel pegado en la puerta lateral del boliche, escrito con letras recortadas de diarios y revistas, que decía: "*La unión de pocos con convicciones firmes logra recuperar valores usurpados. Estamos alerta. El viejo buzón* reabrió sus puertas, recobró su ritmo, recuperó a sus parroquianos, después de que su propietario con mucho esfuerzo consiguiera un buzón para reemplazar al secuestrado protagonista de esta historia

Últimamente Julián pasa más tiempo en el patio del fondo de su casa y acompañado por sus amigos del boliche, se sientan alrededor de una mesa, en un costado del patio junto a un gabinete de chapa del que, según como le da el sol, se desprende un reflejo rojizo desde su interior.